

La Ilustración Católica

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.

Tres meses. 16 rs.

Un año. 60 »

Cuba y Puerto-Rico.

Seis meses. 2 1/2 ps.

Un año. 4 »

SUMARIO.

TEXTO: *Revista*, por V. P. Nulema.—*Los terremotos de Filipinas*, por D. Manuel Perez Villamil.—*Sor Huberta*, por el general Ambert.—*Amor filial* (conclusion).—*Los grabados*, por X.—*Magdalena*, novela.—*Crónica universal*, por I.—*Un monumento a la gloria de Santa Teresa*, por V.—*Advertencia*.—*Anuncios*.

GRABADOS: *Sor Huberta, muerta en Dieppe el 8 de Setiembre*.—*Iglesias edificadas en los barrios pobres de Madrid por la Asociación de Católicos: Capilla de Nuestra Señora del Carmen en el barrio de La Prosperidad*.—*Iglesia de Nuestra Señora de La Victoria en el barrio llamado de Tetuan*.—*Ave Maris Stella*, cuadro de Hulme.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.

Seis meses. 11 fr.

Un año. 21 »

Filipinas y Méjico.

Seis meses. 3 1/2 ps.

Un año. 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid, 21 de Octubre de 1880.

ADMINISTRACION: ESTRELLA, 7, SEGUNDO IZQUIERDA.

Época 2.^a—Año IV.—Tomo IV.

NÚMERO 15.

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

La conducta de los republicanos franceses con las Comunidades religiosas no tiene nombre en ninguna lengua, ni en las que se hablan en el centro de Africa.

Los decretos de Marzo se están cumpliendo con un lujo de odio y de cinismo salvaje que subleva todos los corazones honrados.

Salieron de vanguardia los Jesuitas, y ahora, á pesar de la declaracion famosa—última concesion hecha á los verdugos por las víctimas—todas las Comunidades son expulsadas con saña brutal, como si se tratase de bandidos contumaces que estuviesen desolando á Francia.

Se ha dado el caso de entrar la policía en un convento, y sacar, cogidos del cuello, á los Religiosos, entre los que había muchos ancianos y enfermos arrancados de su lecho.

Cuando leemos la historia de las misiones en los países más bárbaros, ó repasamos las actas de los mártires del gentilismo, nos estremecemos ante aquellos recuerdos de ferocidad que deshonran al género humano. Pues hé ahí el cuadro vivo de tales persecuciones, sin que los poderes temporales de Europa se conmuevan considerando el término de tanta tiranía.

Tras el clero regular, ¿no podría ser expulsado el secular? Y cuando Francia no tenga Sacerdotes que perseguir, ¿no podrá tocarles el turno á los fieles, que llorarán su orfandad? Y cuando la religion haya sido proscrita, ¿quién defenderá á los ricos para que no sufran la misma suerte?

La revolucion tiene su lógica inflexible, tan inflexible como la justicia de Dios, que la envía para nuestro castigo, y la expulsion de los Religiosos en Francia es el primer paso, y paso decisivo, en el camino de la demagogia.

Al doblar las fronteras de su país, cargados con la cruz de su persecucion, los pobres Religiosos, que ven correr lágrimas de los ojos de sus

discípulos, de sus huérfanos, de sus enfermos y de sus amigos, podrán repetir con su Divino Maestro en el camino del Calvario: «Hijos de Francia, no lloreis sobre nosotros; ántes llorad sobre vosotros mismos y sobre vuestros hijos. Porque vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. Porque si en el árbol verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?»

El rasgo de barbarie más saliente de esta persecucion impía es la expulsion de los Jesuitas que, como Sacerdotes seculares, se habían prestado á dar la enseñanza en los colegios particulares, regidos por directores laicos.

La revolucion ha penetrado en esos colegios y ha intimado la salida de tales profesores, á quienes les está vedado respirar el aire de su país natal. En vano los directores han protestado contra la violacion de su domicilio; en vano los discípulos y los padres de familia han puesto el grito en el cielo contra semejante violencia; la expulsion se ha llevado á cabo con una crueldad que espanta.

Los Jesuitas no pueden enseñar en Francia ni como corporacion ni como particulares. Su saber está proscrito de las escuelas públicas y privadas. La ciencia que poseen y enseñan estos insignes maestros es nociva al desarrollo de las instituciones francesas. La República no necesita sabios.

Pero mañana saldrá una escuadra francesa de cualquiera de sus puertos, á recorrer los mares de América y de la Oceanía. Un temporal funesto la llevará á la Habana, donde pedirá hospitalidad mientras se calma el furor de las olas y de los vientos. ¿Sabeis lo que hará el almirante tan pronto como salte á tierra? Deseando saber la índole y circunstancias de aquel temporal borrascoso, se dirigirá al Observatorio á consultar con su director, de quien recibirá instrucciones oportunas, que serán para él órdenes terminantes.

¿Sabeis quién es este director que guarda en su pupitre la llave del puerto de la Habana? Pues es un Jesuita, el P. Viñes, gloria de la astronomía y faro de los navegantes que cruzan las aguas de Cuba.

La escuadra francesa saldrá de la Habana cuando haya aconsejado el P. Viñes; y navegando de mar en mar, irá á encontrarse en nuestra isla de Luzon. Á la vista de Manila



SOR HUBERTA, † EN DIEPPE EL 8 DE SETIEMBRE.

el almirante recibe aviso de que amenazan terribles huracanes, para que se ponga en salvo con sus buques. Sigue el prudente consejo y se libra de espantoso naufragio. ¿Sabeis quién le ha enviado el aviso? Un Jesuita, el P. Faura, director del Observatorio de Manila.

Al regresar la escuadra á su país, el almirante francés podrá decir á su Gobierno: «La República no necesitará de la ciencia de los Jesuitas; pero yo os aseguro que sin ella hubiera perecido con la escuadra.»

La sociedad parisiense—de quien va siendo la madreña un simple remedo—anda estos días punto menos que desesperada.

¿Tal vez la afligen los atentados de la revolucion contra la Iglesia? Nada de eso; la aflige y la apesadumbra la muerte del maestro Offenbach, creador de la música bufa, cuya lira juguetona, provocativa, burlona y chispeante ha ido á confundir sus notas con la voz grave y solemne de la eternidad.

Offenbach, aunque nacido en Alemania, supo identificarse de tal modo con el carácter parisiense, que por algunos años ha sido el ídolo de los teatros franceses. Y como las pestes que se desarrollan en Francia trascienden á todo el mundo, las chanzonetas de Offenbach han resonado en los últimos confines de la tierra. *La bella Elena, La gran duquesa de Geroslein, Genoveva de Brabante* y otras muchas partituras del creador de la música bufa, han llegado á ser populares en el mundo como el rom y el tabaco. Offenbach ha sido también el introductor del *can-can*, baile muy adecuado á su música, de la que es verdadera sal y pimienta. Una ópera bufa sin *can-can* sería tanto como un fusil sin bayoneta.

Offenbach, nacido en el judaismo, abrazó la religión católica al casarse con una señora española, y por eso sus funerales, á despecho de sus partidarios, se han celebrado en París en el templo de la Magdalena. La santidad del lugar no ha impedido que se ejecutasen en el entierro trozos de su música, convirtiendo el triste funeral en una fiesta parisiense.

Ahora sólo falta que sobre la losa de su sepulcro labre el cincel un paso de *can-can*, para que aprendan el aire los gusanos de la muerte. Lo que ya sabemos, por un cronista de la triste ceremonia, es que al salir del Campo Santo, «el gran público de París *si fin, si intelligent, mais parfois si cruel*, parecía preguntarse:

—*Et maintenant, qui donc me charmera?*

—Y ahora, ¿quién me divertirá?

Hé aquí una feliz transición para hablar de las próximas fiestas reales.

De que habrá fiestas no cabe duda; pero de sus circunstancias y pormenores estamos todavía sumamente atrasados.

Desde luego, y juzgando *a priori*, puede esperarse que los estudiantes tendrán por lo menos tres días de vacaciones, y alguno más los empleados del Estado, á quien agobia el ímprobo trabajo de las oficinas. Habrá funciones de teatro, conciertos, iluminaciones, y sobre todo habrá toros con caballeros en plaza.

Deploramos la situación del Ayuntamiento de Madrid, que todos los años tiene que devanarse los sesos para dar novedad á las fiestas que se le echan encima. Divertir á un pueblo sediento de placeres es tan difícil como calmar la sed de un hidrópico.

El compromiso no tiene escape; y hay que salir de él, aunque sea con las manos á la cabeza. Hasta que no se suprima en el presupuesto municipal la partida de festejos, el Ayuntamiento de Madrid no podrá descansar á la sombra de su madroño.

Veán ustedes ahora la que se ha armado, con motivo de la repartición de bonos para los pobres. Se trata de distribuir 20.000 pesetas, y para que el reparto sea equitativo, los concejales proponen diferentes medios que eviten los abusos. Según testimonio de alguno de estos señores, en las fiestas del matrimonio régio hubo concejal que pagó con bonos las cuentas del zapatero y de la modista.

Ante esta observación, el señor alcalde propuso que la Tesorería Municipal no abone de una vez más que seis bonos; pero previendo que la medida sea ineficaz, varios concejales se opusieron, proponiendo medios más ingeniosos.

La sesión municipal en que se trató este asunto,

no fué edificante, ni aún caritativa. Del destino de los bonos hablará la historia.

Se han abierto á la explotación, según ahora se dice, dos nuevos ferro-carriles en España. El de San Juan de las Abadesas y el de Vigo á Arbo, en la línea de Orense.

España quiere competir con otras naciones en la abundancia de líneas férreas, y es muy posible que muera de plétora.

Entre tanto, continúan los descarrilamientos; siendo el último y más deplorable el de Reinosa, que ha ocasionado la muerte á seis trabajadores.

Un periódico, hablando de este siniestro, nos ha querido consolar con la esperanza de que muy pronto se aplicará á las locomotoras un nuevo sistema de frenos, que hará punto menos que imposibles los descarrilamientos. El inventor, y esta es la más negra, es un inglés, de los que no se precipitan por nada; y bien podrá suceder que se repita lo que en un viaje nos contó un turista.

En un riguroso día de invierno estaba un joven leyendo al lado de la chimenea, en una fonda. Un inglés, ocupado en apurar una copa de rom, llamó frenéticamente al mozo.

—Muchacho, ¿cómo llamarse aquel caballero que fumar cigajo á la chimenea?

—No lo sé, milord.

—¡Ooh!!!

El inglés se levantó y se dirigió al que estaba en el mostrador.

—Señor, ¿cómo Busté llamar aquel caballero que fumar cigajo á la chimenea?

—No es parroquiano, caballero; siento no poder complacer á usted.

—*Very well.* ¿Dónde está el dueño del establecimiento?

—Héme aquí, caballero; ¿qué se le ofrece á usted?

—*Good mornings.* Señor amo de la fonda, ¿sabe Busté cómo se llama aquel caballero que fuma cigajo á la chimenea?

—No señor; es la primera vez que le veo.

—¡Ooh!!!

Nuestro hombre se fué hacia el desconocido.

—Caballero que fumar cigajo á la chimenea, yo rogar á Busté cómo llamarse.

—Caballero, me llamo Perez,—dijo sencillamente el joven.

—Pues bien, caballero Perez, vuestro gaban quemarse.

Ya era tiempo; no quedaba más que uno de los faldones.

¡A ver si el nuevo freno inglés se aplica á las locomotoras, cuando ya nos hayamos roto la cabeza!

Las empresas teatrales, como principio de temporada, anuncian una espléndida colección de obras nuevas para satisfacción y regalo del público.

Leyendo ayer estos anuncios en los carteles, se nos vino al pico de la lengua, y hoy se nos viene á la punta de la pluma, el consejo de un conocido crítico y autor:

Un vate, como hay millares,

Me dijo muy satisfecho:

—«De la comedia que he hecho,

Tiré dos mil ejemplares.»

Entonces, con buenos modos,

Al escritor contesté:

—«Pues, hombre, debiera usted

Haberlos tirado todos.

V. P. NULEMA.

LOS TERREMOTOS DE FILIPINAS.

El último correo de aquel archipiélago nos ha traído el resumen de los desastres ocurridos en Manila y en varias provincias de Luzon con motivo de los terremotos del pasado mes de Julio. No pueden leerse sin lágrimas los pormenores de esta nueva prueba con que la Providencia acaba de visitar al noble pueblo filipino, digno de toda nuestra compasión por sus muchas desgracias.

Los terremotos del mes de Julio son, como dice oportunamente un periódico de Manila, una cicatriz más que puede mostrar aquel pueblo á la estimación de la patria. La cró-

nica de estas profundas heridas no puede ni deben olvidarse. En 1645 un terremoto destruyó á Manila, causando más de 3.000 víctimas; en 1796 dos minutos de fuertes sacudimientos arruinaron casi todas las casas, y la población estuvo por muchos meses deshabitada; en 1824 volvieron á caer muchos edificios, sepultando á muchas víctimas; en 1863 el terremoto fué tan horroroso, que causó en la capital más de 300 muertos, arruinando casi todos los edificios y sembrando el pánico en todo el archipiélago. El mes de Julio de 1880 viene á continuar las estaciones de esta Pasion que sigue Manila, y en la que no se puede pensar sin sentir hacia nuestros hermanos de aquellas provincias profundo respeto y admiración.

Los terremotos ó temblores comenzaron á sentirse el día 14, y continuaron con más ó menos intensidad hasta el día 21, si bien los más violentos y deplorables fueron el que ocurrió el domingo 18 á las doce y cuarenta minutos del día, y el del martes 20 á las tres y media de la tarde. «Es acaso, dice un periódico, la primera vez en la triste historia de esta capital, que á un gran temblor de tierra sigue de cerca otro tan extraordinario.»

Fáltanos espacio para recoger aquí todas las noticias que publican los periódicos de Luzon; pero no dejaremos de consignar algunos hechos que á un mismo tiempo consuelan y edifican.

Al sentirse el día 18 las fuertes oscilaciones que durante setenta segundos balanceó las casas y edificios como naves en medio de un mar agitado, «toda la gente buscó alguna serenidad en los pisos bajos de las casas, en plazas y calles, viéndose por todas partes, y sobre todo en los arrabales extremos, millares de personas arrodilladas, orando unas y lanzando otras lastimeros alaridos, llamando á queridos seres más distantes. ¡Qué momentos de angustia para los enfermos, los impedidos, todos los que no podían correr á la vía pública, y en general, los padres de familia que, azorados en los primeros momentos, porque el terremoto casi perturba la razón, y obedeciendo á un instinto natural de propia conservación, corrían á salvarse, y volvían en seguida á arrostrar impávidamente el peligro cierto para salvar á los pedazos de su alma!»

«La hora aquella permitió observar por todas partes las escenas más conmovedoras, y minutos después, comunicarse todos sus impresiones y noticias, socorrerse mutuamente, enterarse de todo con la mayor detención, ofreciendo, en una palabra, el hermoso cuadro de una gran población dedicada, con asombrosa actividad, con la mayor cordura, sin el menor desorden ni el delito más leve, ora á proporcionarse, unas familias, garantías de seguridad para la noche inmediata, otras á auxiliarse, ofreciendo albergue á las que habían quedado sin él.»

Aunque el terremoto fué de doble duración que el de 1863 y las oscilaciones iguales, si no mayores, el número de víctimas y desastres ha sido menor por no haber terminado, afortunadamente, con la espantosa sacudida y movimiento de rotación con que terminó el de tan aciaga memoria. El número de víctimas no pasa de diez muertos y veintinueve heridos, casi todos chinos é indios, entre estos dos niños, tres mujeres y siete presos de la cárcel. El temblor del día 20, aunque de menor intensidad que el del domingo, terminó la obra de destrucción en los edificios arruinados.

El pánico de la población llegó al último extremo, sirviéndole solamente de alivio el celo de las autoridades y la piedad del clero, que no sin motivo goza en aquel país de profunda consideración y respeto.

Tenemos á la vista la pastoral que el Reverendísimo Arzobispo metropolitano publicó en aquellos momentos para levantar los ánimos abatidos y disponer fervorosas preces al cielo. «A vosotros, amados hijos nuestros,

decía el venerable Prelado, nos dirigimos para levantar en medio de vosotros nuestra voz de Padre y de Pastor: vosotros, que derramais tiernas lágrimas al lado de vuestros padres, de vuestros hijos, de vuestras esposas y de vuestros caros amigos, en medio de las terribles circunstancias que os rodean, no dejareis de levantar vuestra voz y vuestros corazones de cristianos, para acudir contritos y humillados, como el Rey Profeta, para conseguir misericordia y perdón.

Invocad con santo ardimiento, como hacían vuestros padres en tan terribles circunstancias, á la Santísima Virgen bajo las distintas advocaciones con que la implorais al pie del altar, y no dudeis, amados hijos en el Señor, que vuestro anciano y afligido Prelado será consolado en el fondo de su corazón, y que el Señor tendrá piedad de vosotros.

No olvides, ¡oh Manila! Manila desgraciada, llorosa y afligida, no olvides que eres hija de aquellos santos y nobles españoles que acudían con ardorosas lágrimas al pie del altar para invocar las divinas misericordias; llora, llora en el fondo de tu corazón; arrepíentete de tus pecados; haz penitencia con un corazón contrito y humillado, y Dios se compadecerá de tí y de tu pobre y anciano Prelado, que busca tu felicidad y la salvación de tus almas.

A vosotros acudimos, amados hijos en el Señor; y para aplacar á la Divina Justicia, hemos determinado que mañana, día 22 de Julio, Santa María Magdalena, patrona de una de las Corporaciones Religiosas de estas Islas, y especial modelo de arrepentidos pecadores, se celebre en el campo de Bagumbayan, á las seis de la mañana, una misa que Nos celebraremos, haciéndose despues públicas y solemnes rogativas para que todos, amados hijos, pidamos al Señor por vosotros, por vuestros hijos, y para la salvación de estas Islas.»

La solemne rogativa celebrada en el campo de Bagumbayan debió ser imponente á juzgar por la descripción que leemos en los periódicos. Ofició el Sr. Arzobispo, y dirigió breves pero elocuentes frases á la multitud el muy reverendo Padre Fr. Cecilio Subillaga, del Orden de San Francisco. ¡El Señor haya recogido los votos de su pueblo y aparte de él los rigores de su justicia!

Hablando de los terremotos de Filipinas, es imposible no dedicar algunas frases á los servicios prestados en aquel archipiélago por el profundo saber é incansable laboriosidad del Reverendo Padre Federico Faura, de la Compañía de Jesús, digno discípulo del Padre Secchi, y director del Observatorio del Ateneo municipal de Manila. Desde la torre de su Observatorio, cuando edificios más bajos se venían al suelo, el sabio sacerdote se consagraba á estudiar los terribles fenómenos geológicos que son el continuo azote de aquellas islas. El Padre Faura es, como su digno maestro y como su digno compañero el Padre Viñes, director del Observatorio de la Habana, un profundo astrónomo que, á su entusiasmo por la ciencia, une inagotable celo por el bien de sus hermanos. En el tiempo que lleva al frente del Observatorio de Manila, valiéndose del sismómetro y de otros aparatos inventados por los últimos adelantos de la Astronomía, ha prestado importantes servicios, no solo al archipiélago filipino, sino á las costas de la China, á donde por medio del cable se comunican sus observaciones y pronósticos.

La prensa de Manila consagra frases de profunda gratitud á este celoso y sabio sacerdote, que es una gran esperanza para la ciencia astronómica y un verdadero y legítimo consuelo para Filipinas.

Los revolucionarios franceses que con tanta saña persiguen á las Ordenes religiosas podían interrogar al pueblo filipino sobre los incalculables beneficios que allí prestan. Ellos son el paño de lágrimas de todos los infor-

tunios y la única esperanza en las catástrofes de los pueblos. ¿Qué no deberá esperarse del pobre misionero cuya vida se consume entre los indios, sin aplausos, sin regalos, tal vez despreciado y escarnecido, consagrado única y exclusivamente al bien de sus prójimos?

No terminaremos estas líneas sin enviar de nuevo á nuestros hermanos de Filipinas la expresión de toda nuestra simpatía en su desgracia, por cuyo alivio hacemos fervientes votos al Cielo.

M. P. VILLAMIL.

SOR HUBERTA.

El nombre de una Hermana de la Caridad no significa nada: Sor Huberta, Sor Juliana ó Sor Josefa, son palabras que designan una sola persona. Lo que se dice de una Hermana se dice de todas: son flores de una misma planta; tienen los mismos colores, los mismos aromas, la misma belleza. Por esto al reproducir el retrato de una heroína de la caridad, puede decirse que reproducimos el de todas; la misma compostura en el traje, la misma dulzura en la expresión, la misma humildad en el aspecto y en el alma.

El retrato que hoy publicamos es una protesta contra la persecución que padece la religión en Francia, persecución que hace buena la memoria de los Césares paganos. La Hermana Huberta acaba de morir en Dieppe entre el llanto de una numerosa familia de pobres, de enfermos, de huérfanos y de gentes desvalidas. Su nombre quedaría tal vez oscurecido bajo el manto de su angélica humildad, si los periódicos religiosos de Francia no lo hubieran lanzado al rostro de los perseguidores de la Iglesia, que se dicen amigos y defensores del pueblo.

Sor Huberta (María Ana) nació en Condés-sur-Noireau (Calvados) el 23 de Enero de 1800, cuando ardía su patria en el fuego de todos los crímenes. A los 16 años entró en el Noviciado de la Providencia de Rouen, y despues de varias vicisitudes vino á fijar su residencia en Dieppe por el año de 1826. Mujer de gran entendimiento y de superior voluntad, propúsose fundar un asilo para los hijos de los marinos y de los pescadores muertos en el mar. No contaba con recursos, pero tenía el auxilio del cielo, y su empresa se llevó á cabo con admiración de todo el mundo. La caridad la inspiró ingeniosos recursos para allegar fondos á sus santas empresas, y no fué el ménos fecundo el haber inventado un nuevo procedimiento para la fabricación de encajes, el cual la valió medallas de Honor en la exposición de Rouen en 1842 y en la de París de 1855.

Y no contenta con haber establecido un taller de encajes, apeló á nuevas invenciones en el terreno de la medicina, convirtiéndose por su solo celo y laboriosidad en doctora y farmacéutica con gran éxito y renombre. Observando los estragos que causaba la tífia en aquella comarca, se dedicó á estudiar esta dolencia, y muy pronto acertó con un remedio desconocido y perfectamente eficaz para contener sus estragos. Estableció consulta diaria y gratuita, y pasan de dos mil las personas que allí encontraron su salud.

Con los recursos que atraía su caridad, fundó una casa para recoger estudiantes pobres y otro taller de costura para las hijas huérfanas de marinos. Sor Huberta ha muerto santamente, viendo producir copioso fruto sus fundaciones, amenazadas hoy también de muerte por el patriotismo de los republicanos franceses.

Hemos dicho que el nombre de una Hermana de la Caridad no significa nada, porque todas son iguales, y para completar esta no-

ticia de Sor Huberta, vamos á transcribir una relación publicada por el general Ambert en un diario de París á propósito de otra hija de San Vicente de Paúl, cuya vida ha sido también admirable. Dejamos la palabra al ilustre veterano:

Un viajero, que visitó hace algunos años la América del Norte, me ha referido el siguiente suceso:

«Algunos meses despues de la toma de Richmond por los confederados, se representaba en el teatro de Savannah un drama militar, que hacía afluir al teatro multitud de personas. Una escena representaba la batalla, otra la emboscada que la había precedido. Entre los espectadores se hallaban antiguos voluntarios, que no habían olvidado las fatigas y pruebas de la guerra. Los diversos incidentes de la representación despertaban multitud de recuerdos, que se revelaban por una emoción profunda ó un entusiasmo á duras penas contenido.

Hubo una escena que representaba á una Hermana de la Caridad arrodillada al pie de un herido, cuya ensangrentada cabeza sostenía. Acababa de levantarse el telón, y ni una palabra se había pronunciado en la escena.

De repente tres ó cuatro hombres se levantaron de sus asientos y aplaudieron gritando: «¡Viva Sor Juliana!»

Estos hombres, de rostro viril, de robusto brazo, de cuyos anchos cinturones colgaban armas, detuvieron la representación por espacio de quince ó veinte minutos. Otros hombres se levantaron también, y bien pronto todos los espectadores se hallaron de pie. Las mujeres arrojaban al escenario sus ramos de flores, los ancianos aplaudían, los hombres agitaban sus sombreros, y el teatro resonaba con este inmenso grito: «¡Viva Sor Juliana!»

Cuando empezó á restablecerse la calma, uno de los espectadores, cubierto de una piel de búfalo, pronunció estas palabras: «Sor Juliana nos ha salvado la vida en el hospital de San Francisco.»

—¡En todas partes! ¡en todas partes!—respondieron mil voces.—¡Viva Sor Juliana!

Sorprendido de este arrebatado de reconocimiento en un pueblo bastante refractario á la sensibilidad, poco católico y poco militar, el viajero preguntó quién era Sor Juliana.

Ninguno de aquellos hombres lo sabía. La Hermana que llevaba el traje de nuestras Hermanas de la Caridad hablaba tan fácilmente el inglés como el francés; se la había visto en los ejércitos del Norte y en los del Sur, ora en el hospital, ora en los campos de batalla.

La Hermana había atravesado aquellas muchedumbres, que solamente respiraban odio y venganza, sin perder un solo instante la tranquilidad de su alma.

Cuando se celebró la paz y ya no hubo plagas que combatir, llagas que cicatrizar, lágrimas que enjugar, valor que reanimar, moribundos que sostener, la Hermana desapareció de repente.

¿Había ido á China ó á la India? ¿se había sumergido en los misteriosos valles del Oriente, ó pisaba las ardientes arenas de África?

Nadie lo sabía. Había venido sin que la llamaran: había prestado servicios, y despues había desaparecido.

II.

Léese en las *Misiones católicas*, boletín semanal de la *Propagación de la Fe*, del mes de Agosto de 1869, lo siguiente, que se refiere á una Hermana de la Caridad:

«El 1.º de Julio de 1863 los dos ejércitos se encontraron en Gettyburg, Pensilvania. La batalla fué larga y sangrienta; en la tarde del día 3 duraba todavía, cuando una lluvia torrencial hizo cesar la matanza.

«El domingo 4, por la mañana, inmediatamente despues de la misa, fueron designadas doce Hermanas para ir al campo de batalla á prestar socorro á los heridos. El camino, malo en buena estación, era entonces casi impracticable, ya por haber pasado por él dos ejércitos, ya por la abundante lluvia que había caído. El ejército del Sur había pasado, durante la noche, por el mismo camino, dejando á su paso muertos y moribundos.

«Los centinelas del Norte, al descubrir nuestros coches, iban á hacer fuego sobre nosotros; pero nuestras blancas insignias nos sirvieron de pabellón parlamentario. Luégo que fuimos reconocidos por las

avanzadas, nos dieron una escolta para que nadie nos molestase.

»Entonces pudimos apreciar lo que eran los horrores de un combate. Por do quiera había cañones, fusiles y cadáveres. El agua de la lluvia se había mezclado con la sangre que tan abundantemente había corrido en esta vasta llanura: nuestros coches y nuestros caballos se hallaban literalmente cubiertos de ella.»

La hermana Juliana ocupaba un puesto en el primer coche, llevando su rosario en la mano y fija la mirada en el cielo. Hacía cuatro días que no había descansado un instante siquiera, que sólo había comido un poco de bizcocho que le había dado un soldado.

Las Hermanas abandonaron los coches de ambulancia y se dispersaron por el campo de batalla. Grandes pájaros se cernían en los aires lanzando siniestros gritos; pero en la tierra todo permanecía inmóvil y mudo. Allí se hallaba, en su dolorosa realidad, lo que los poetas han llamado el sueño de la muerte.

No obstante, Sor Juliana y sus compañeras buscaban á los heridos y moribundos. Inclínada la cabeza sobre los pechos heridos, interrogaban con la mirada y sorprendía muchas veces un quejido, una agonía, un murmullo, y aún ménos, un soplo fugitivo. Entonces caían de rodillas y pedían á Dios la vida de aquel desconocido. Le prodigaban caricias de madre, y con sus delicadas manos curaban las heridas.

Á su alrededor, los compañeros de aquellos moribundos y de aquellos muertos, dirigían una fría mirada sobre el campo de batalla: tarde ó temprano, ya les tocaría su vez; pero si dejaban de mirar á sus hermanos, que habían caído los primeros, contemplaban con admiración á las Hermanas de la Caridad.

Hijas de la envejecida Europa, han atravesado el Océano, abandonado á su patria; á sus familias, á sus amigos, para dar á desconocidos los socorros de la caridad cristiana.

Estos extranjeros no conocen de ellas más que un nombre: Sor Juliana, ó Sor Luisa....

Al atravesar un campo de batalla el extranjero es herido; vacila y cae. La Hermana corre, le levanta y le salva la vida. Despues cada cual emprende su camino, ella para socorrer nuevas miserias, él para exponerse á nuevos peligros.

Á los ojos del vulgo no son más que pasajeros que se encuentran por casualidad, y de los que el más fuerte necesita del más débil. El vulgo, sorprendido, admira, sin comprender.

Pero Sor Juliana no es un pasajero, sino un enviado. Saliendo de una choza, ó de un castillo, ha dejado su Bretaña, su Provenza, su Irlanda, ó su España, para obedecer al Dedo de Dios que le señalaba su camino en este mundo.

Ella misma ignora quizá su misión. Sor Juliana se contenta con orar y servir siempre y donde quiera. El sacrificio es su vida. La hemos visto en medio de los apesados de Jaffa, y mucho tiempo despues la hemos vuelto á hallar en medio de la nieve del Beresina: la hemos descubierto en las marchas penosas que siguieron al desastre: la hemos admirado en las colonias lejanas que diezaba la fiebre amarilla: la hemos visto en la escuela de la aldea, enseñando á leer á los hijos del pobre, y la hemos vuelto á ver junto al lecho de los moribundos.

III.

Todas las grandezas de la antigua Roma, todas las filosofías de Grecia, no presentan una figura tan pura y tan sencilla como la de la Hermana de la Caridad. Ella es, en su silencio, el más elocuente de los enviados. Lo que ella dice, sin mover los labios, es el canto más magnífico de la Iglesia.

Los que han visto á Sor Juliana en los campos de batalla, nunca la podrán olvidar. Débil y tímida desafiaba los peligros y la muerte para socorrer á desconocidos: sus brazos se hacen fuertes y su mano po-

derosa. Su frente no se inclina ante la metralla, y su mirada sondea la profundidad de una llaga, cuando la tierra tiembla bajo sus plantas.

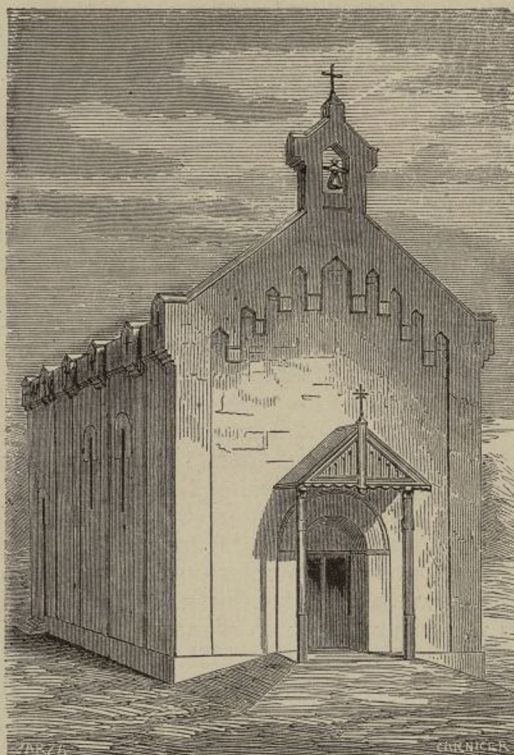
Superior á las pasiones é intereses humanos, esta mujer se eleva hasta el Cielo.

El paganismo tenía sus sacerdotisas; los griegos honraban á las jóvenes que moraban en el templo de Neptuno, en la isla de Calauria; á las del templo de Diana, en Egira; á las de Minerva, en Zegea, y á las de Juno, en Mesenia. Estas sacerdotisas cantaban

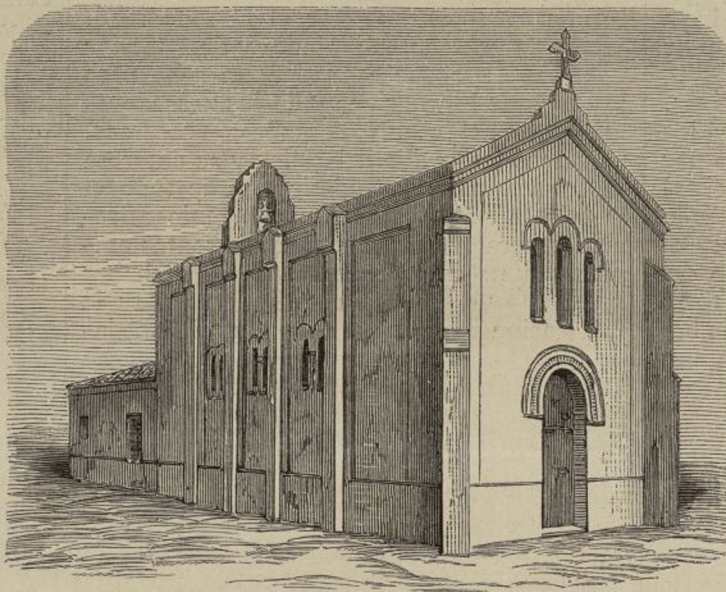
IGLESIAS EDIFICADAS EN LOS BARRIOS POBRES

DE MADRID

POR LA ASOCIACION DE CATÓLICOS.



Capilla de Nuestra Señora del Carmen en el barrio de La Prosperidad.



Iglesia de Nuestra Señora de la Victoria en el barrio llamado de Tetuan.

alabanzas al genio tutelar de la Elide, y quemaban perfumes en su honor. En Roma las Vestales, en número de seis, hacían sacrificios por la salvación del Estado, conservaban el fuego sagrado y custodiaban el *palladium*. Estaban rodeadas de tal consideración y respeto, que cuando los primeros magistrados ó cónsules las encontraban, les cedían el paso y bajaban las haces ante ellas. Dos lictores las precedían. Todo ciudadano que hubiese insultado á una Vestal, era condenado á muerte. La ley les concedía el derecho de perdonar á un criminal, conducido al suplicio, si le encontraban en su camino.

¡Cuánta distancia hay de estas sacerdotisas á nuestras religiosas! Las primeras servían á su divinidad; las segundas se dedican á socorrer á la humanidad, de quien son sirvientas, en nombre del verdadero Dios. Sin embargo, esta sociedad, por la que se inmolan nuestras religiosas, no les concede el respeto de que gozaba la sacerdotisa en la antigüedad pagana.

Pero Sor Juliana desdeñaría el saludo de las haces y la compañía de los lictores. En los ejércitos, y bajo el techo de los hospitales, encuentra el reconocimiento de los guerreros y la bendición de los pobres.

¿Qué le importa la ingratitud de un mundo que no la conoce? Continúa su camino, sin volver la cabeza. El soldado que la saluda, el pobre que se inclina ante ella, el niño que la sonríe, hé aquí la recompensa que Dios le da, y que es bien superior á la de las haces y de los lictores.

Marchad, Sor Juliana; marchad siempre como los enviados: las piedras de los caminos desgarrarán vuestros pies; vuestras manos, al contacto de los abrojos y de las espinas, se ensangrentarán; pasareis hambre y frío, y ni un solo dolor dejareis de sufrir. Conoceréis la persecución, tal vez el martirio; pero Aquel que os ha enviado cuenta vuestros pasos.

IV.

Durante un frío día de Diciembre de 1870, había desaparecido la bruma, y el sol brillaba espléndido sobre el horizonte. Los campos recobraban nueva vida, y los soldados, reunidos en grupos, gozaban con delicia de aquel sol que hacía ya tiempo no veían.

Delante de la ambulancia ví á una Hermana de la Caridad llevar arrastrando un basto sillón. Despues de haber buscado el mejor sitio, al abrigo del viento y frente al sol, la Hermana colocó almohadas en su interior, haciendo de él un verdadero nido.

La Hermana desapareció por unos instantes, pero volvió en seguida, sosteniendo á un soldado herido, que se dejó caer en el sillón, sin levantar siquiera la cabeza, inclinada sobre el pecho. Envuelto en un ancho capote gris, este hombre tenía una palidez lívida, y su respiración entrecortada se parecía á un gemido.

La Hermana cubrió con una manta de lana los hombros del herido, poniendo sumo cuidado en colocarle lo mejor posible. Pero aquel hombre parecía no ver nada. La cariñosa Hermana se colocó algunos pasos delante de él, y despues de haberle contemplado un instante, se aproximó á él, le levantó la cabeza, y con la mano derecha le enseñó el sol. Muy distante para oír lo que decía la Hermana, comprendí, sin embargo, que se reía y le decía algún chiste para divertirlo. Una sonrisa se dibujó en los labios del herido, y su mirada se fijó en el sol que le rodeaba.

La Hermana había hecho á este herido la caridad de un rayo de sol.

Al alejarme, me pareció oír un grito atravesando el Océano para llegar á la envejecida Europa, ingrata y olvidadiza. Los fríos y especuladores americanos me enviaban este grito de reconocimiento: «¡Viva Sor Juliana!» «¡Viva la Hermana de la Caridad!»

GENERAL AMBERT.

AMOR FILIAL.

LEYENDA.

(Conclusion).

Aunque dominada, como hemos dicho, por cierta turbación é inquietud, púsose Isabel á leer el antiguo diario. La fecha era anterior á su nacimiento, porque aún estaba soltera su madre cuando lo había comenzado. Contenía, en primer lugar, unos recuerdos de viaje: en la primera hoja se hallaban pegadas

unas violetas secas y descoloridas, hojas de yedra y varias florecitas; y á su alrededor estaba escrito: «Cogidas en las ruinas del castillo de Monzon.» Un precioso dibujo de pluma, que representaba una imagen de la Santísima Virgen, y otro de las márgenes del Jalon, recordaron á Isabel lo fresco y vivo que su madre había conservado el recuerdo de aquel viaje, que á la edad de diez y ocho años hizo en compañía de toda su familia. Varias composiciones en verso, copiadas de su puño, demostraban lo delicado y puro de su gusto; porque esta coleccion era muy escogida y sacada de muy cristalinas fuentes. Por todas partes se hallaban flores y hojas con la cita de la fecha, que indudablemente recordaban algun sitio que le había agradado: una coronita de miosótis, casi hecha polvo por el transcurso del tiempo, contenía una fecha y dos nombres: «Doce de Junio de 18... Roberto y Julia.» Este era el primer testimonio de un inocente y puro amor. Más adelante se leía en grandes caracteres: «1.º de Octubre de 18.... Día de nues-

tro casamiento. Dios mío, bendecidnos y guiadnos con vuestro santo auxilio.»

Desde este día en adelante tenía el álbum un tono más serio. Veíanse citas y extractos de obras formales y de gran mérito, que ámbos esposos habían leído juntos, y despues había una oracion. La joven daba gracias á Dios por su dicha. Se hablaba del nacimiento del primer hijo, y al poco tiempo de su muerte. Despues de esta triste fecha, leíanse las siguientes palabras de la Sagrada Escritura:

«Ya no vendrá él hacia mí, pero yo iré hacia él.
»Y Jesus dijo: Dejad venir á mí á los pequeñuelos.
»Él los llevará á las fuentes de agua viva.»

Más adelante se habla del nacimiento, que al cabo de un año tuvo lugar, de una niña, á quien no conoció Isabel, y que tambien vivió poco tiempo. Debajo de la fecha del fallecimiento de ésta se hallaban copiados por mano trémula unos hermosos versos de

un poeta, que empiezan: *Un ángel de esplendente rostro*; y una idea inspirada junto al sepulcro de ámbos niños terminaba aquellas tristes y hermosas estrofas.

El nacimiento de Isabel se hallaba, por último, expresado en estos términos: «El 10 de Abril, día del cumpleaños de mi muy querido esposo, ha nacido Margarita. ¡Sea Dios bendito mil veces!»

Más adelante, despues de referir ciertos acontecimientos domésticos, continuaba así el cronista de la familia:

«No puedo dar á Dios bastantes gracias por habernos concedido esta niña, para reemplazar á los que ya no existen. Mi infeliz esposo, segun lo mucho que los llora, aún no se había curado de la herida que le había hecho la pérdida de aquellas inocentes criaturas. Pero desde que se mece de nuevo la cuna, ha revivido, lisonjeándose con el porvenir; por eso amo con doble motivo á esa querida Isabel, que ha devuelto la alegría á su padre. ¡Dios mío! dejadla que



AVE MARIS STELLA, cuadro de Hulme.

viva con nosotros; y vosotros, queridos hijos, que estais al lado del Altísimo, pedidle, pedidle por vuestra hermanita.

»Isabel va creciendo, desarrollándose como las flores en el mes de Mayo; ya empieza á conocernos, y ayer, separándose de mi pecho, le echó los brazos á su padre, el cual quedó enternecido, diciéndome con los ojos anegados en lágrimas:

—¿No adviertes que ésta se parece á un tiempo á su hermano y á su hermana? porque tiene el mirar de Federico y el modo de reir de Antonia.

—Pero con más fuerza y animación, le contesté, lo que lo llenó de satisfacción.

»¿Qué influencia no tienen esos seres sobre el alma de quien los quiere! Hace seis meses sucedió una cosa que no olvidaré nunca, y que me inspira una profunda gratitud para con Dios. Nunca le noté á mi bondadoso marido, sino con defecto, un lunar asentado en un corazón de oro; y era el de ser demasiado vivo de genio y dejarse llevar del impulso de los primeros arranques. Uno de estos días de primavera, yendo nosotros de paseo con Isabel, notó Roberto

que no estaba hecho un trabajo que había mandado hacer; y desgraciadamente encontramos al pasar al trabajador que recibió la orden de hacerlo. El enojo era fundado; pero el modo de expresarlo fué en extremo violento. Isabel, á quien yo llevaba en mis brazos, se puso con el rostro encendido, abrió sus hermosos ojos, y oyendo resonar la encolerizada voz de su padre, de la cual sólo conocía los tonos más suaves, se echó á llorar, y sentí que se había puesto trémula y convulsa. Aceleré el paso, y Roberto se quedó atrás ocupado con sus trabajos y con las excusas que le daba el obrero, el cual tambien estaba temblando. Cuando por la noche volvió á casa, se puso al instante junto á Isabel, que estaba sentada en la alfombra jugando con sus muñecas: segun costumbre, iba ella á echarle los brazos al cuello; pero su memoria había conservado los vestigios del terror que había sentido aquella tarde; y al ver á su padre, volvió al otro lado la cabeza, haciendo con el bracito un ademán como para desviarle. Al momento me puse junto á ella, y le dije:

—«Es papá, hija mía: dale un abrazo á papá, Isabel.

—«Le tengo miedo, mamá; exclamó agarrándose á mí; le tengo miedo; cógeme, mamá.»

»Mi pobre Roberto se puso pálido, y yo le dí la niña á la niñera.

—«Está algo indispueta, y tiene mal humor.

—«No, contestó él; lo que tiene es que mi incomodidad de esta tarde la ha causado miedo, y me teme.

»Por un instante guardó silencio, y al cabo continuó:

—«¡Ah! me corregiré de estas pícaras genialidades, que no quiero asustar más á nuestra hija.

»Y lo cumplió. ¿No debo dar mil gracias á Dios por tanto bien?

»Por espacio de tres días hemos padecido terribles angustias. Isabel ha estado á las puertas de la muerte. ¡Cuánto le hemos pedido á Dios! Nuestras dos almas sólo formaban una para rogar al árbitro de la muerte, recordándole aquellas poderosas palabras: «Si quereis, Señor, podeis sanarla.» Una noche me dijo mi esposo:

—«Quisiera yo ofrecer algo á Dios, si nos la deja vivir; hagamos un voto en favor de ella.

—¿Y qué ofreceremos?

—Ofreceremos atender á la educacion y establecimiento de tres niñas huérfanas de su edad. ¿Te parece bien, querida mía?

—Perfectamente.

»Cumplióse nuestro voto, y hoy hemos llevado en triunfo á las tres huérfanas á la casa de las Hermanas de la Caridad, donde serán educadas, y más adelante las dotaremos. ¡Cuánto quiero á estas infelices niñas!

»Ahora nos ocupa la educacion de Isabel, y estamos repasando nuestros estudios, por decirlo así, para facilitar el camino á nuestra discípula. Confieso, que por grato que me sea el educar yo misma á mi hija, dejo este cuidado á mi bondadoso Roberto; porque tanto mi quebrantada salud como mis atenciones domésticas, me impiden dedicarme á semejante tarea; y él, por otra parte, la desempeña perfectamente. Mi marido, que es hombre de mucha instruccion, es al mismo tiempo un profesor muy celoso y afable, que enseña con la mayor complacencia, mil veces mejor de lo que yo podría hacerlo; y los progresos de nuestra hija son su constante empeño. Por ella tiene abandonados sus estudios particulares, en que hasta ahora había invertido mucho tiempo, y por llevarla siempre á paseo consigo, ha sacrificado sus diversiones campestres favoritas, la pesca, la caza y las excursiones á caballo, con que en otro tiempo se distraía mucho. Nuestra hija llena hoy el lugar de todo esto. Muy pronto hará su primera comunión, y será cada día más la fiel compañera de quien, desde que ella nació, sólo para ella ha vivido.»

Las últimas palabras del cuaderno parecían ser de fecha muy reciente.

«Conozco muy bien mi estado: dentro de pocos meses, y aún quizás dentro de pocas semanas, me pedirá Dios lo que me tiene prestado..... la vida. ¡Hágase su santísima voluntad! Sólo gracias tengo que darle por todo; y aunque siento dejar á mi familia, voy á mi Redentor llena de amor y de confianza, porque lo que dispone en sus altos juicios debe ser conveniente para ésta su criatura. Sólo me acongoja el pesar de los que dejo en pos de mí; ¿qué se harán mi excelente esposo, cuya alma se había identificado con la mía, y mi desgraciada hija? Os los confío, mi Dios, os confío á ámbos. Confío especialmente el padre á la hija; que Isabel sepa comprender el respeto y la gratitud que debe á su padre.....»

Margarita había estado leyendo con ardor febril, y á la manera de un aguacero, inundaron sus lágrimas la última hoja.

—¡Cuánto me han querido! dijo. ¡Infeliz padre mío! No tenía yo la menor idea de su acendrado cariño..... ¡y pensaba en abandonarlo!

Por largo rato permaneció sentada, inmóvil y pensativa. La rápida cadencia de la curruca le avisó que se aproximaba el día: arrodillóse, y estuvo orando como nunca lo había hecho. Acostóse en seguida, pero su sueño fué intranquilo. Derramaba el sol por el cuarto sus madejas de oro, cuando despertó: despertáronse también muy frescos sus recuerdos, y en seguida volvió á su corazón la última idea con que se había dormido, la del apasionado amor que su padre le tuviera. Se puso á orar delante del crucifijo, que su madre había besado con efusion en el momento de morir, y volvió á leer algunas hojas del cuaderno.

Acabó muy pronto su tocado, y al acercarse á la ventana vió á su padre, que estaba de pie en el balcón, abstraído al parecer con alguna idea triste, y mirando al frente hacia los espesos álamos que ocultaban la iglesia del pueblo.

—Está mirando el cementerio, dijo para sí Margarita, y acaso desea reunirse con mamá. ¡Dios mío! ayudadme para consolarlo.

A los cinco minutos estaba llamando con suavidad á la puerta de la habitación de su padre.

—¿Qué quieres, hija mía? le preguntó éste al verla.

Fuése hacia él, algo descolorida, pero tranquila y formal.

—Papá, dijo, ¿ha enviado V. ayer la carta para mi tía?

—No, hija, todavía no.

—Pues bien, repuso descansando la cabeza sobre el hombro del padre, no la envíe V. He mudado de parecer, y ya no quiero casarme.

Sorprendióse el Sr. de Mora, y alzando la cabeza de Isabel, que se ocultaba á su vista, porque los buenos sentimientos tienen su pudor, se puso atentamente á mirarla, y le dijo:

—¿Qué te ha sucedido, hija mía? Explicáte.

—He pensado, papá, que aún tengo muy pocos años, y que V. se va á quedar muy solo, por lo cual no me resuelvo á dejarlo.

Entónces, estrechándola el padre contra su pecho con apasionado frenesí, le dió sollozando mil abrazos; mas adquiriendo al fin algun poderío sobre sí mismo, le dijo:

—¡Oh, hija mía! muy dichoso me harías de esa manera; pero temo que te cueste un gran sacrificio.

—Padre mío, contestó dejándole leer en sus cándidos ojos; por el contrario, es una grande alegría la que siento al decir á V. esto. Mi madre me ha inspirado esta feliz idea, y más adelante se lo referiré á usted todo, y á mi tía también.....

—De modo que deberé á tu madre toda la felicidad de mi vida. Te quedas conmigo, querida hija; pero, ¿y el coronel?

—Papá, dijo jovialmente Isabel, porque su primera ilusion amorosa había pasado ya; es menester que usted cargue con la responsabilidad. No dé V. su consentimiento, y el coronel se consolará haciendo la guerra y ganando cruces y grados.

—Sea como tú quieras, hija mía; pero sábetelo desde ahora que no quiero cederte en generosidad, ni puedo desear que vivas sólo para hacerme compañía mientras yo exista. No pierdo la esperanza de verte bien casada y de que todos seamos felices.

No se equivocaba el Sr. de Mora en su pronóstico.

Tres años despues, Isabel daba su mano á un joven propietario y abogado, que se quedó á vivir en el castillo en union de su padre, conservando las tradiciones piadosas y las buenas costumbres de su familia, que él había recibido de la suya, y dando al bondadoso padre de Isabel unos preciosos nietos, que formaban sus delicias, y cuya vista le hacía creer vueltos á la vida sus dos hijos de otro tiempo, y uno de ellos á su esposa, de quien era un vivo retrato.

El Sr. de Mora vivió largos años entre esta amada familia, y murió rodeado y querido de ellos, bendiciéndolos con toda la efusion de su alma.

LOS GRABADOS.

SOR HUBERTA, † en Dieppe el 8 de Setiembre. Pág. 113.

(Véase el artículo.)

AVE MARIS STELLA, cuadro de Hulme.—Pág. 116.

El arte, acosado por el positivismo moderno, que lo quiere reducir á simple industria, huye de las grandes ciudades para buscar en los paisajes agrestes, donde resplandecen en toda su grandeza las obras de Dios, cuadros sencillos y sublimes que hablen al alma con el lenguaje de la naturaleza. El progreso material que nos enorgullece, es la muerte inevitable del arte, el cual vive de los grandes sentimientos del corazón, ennoblecidos y santificados por la piedad cristiana. Por eso los artistas de verdadera inspiración, los que aman verdaderamente lo bello y lo sublime, desdénando las escenas elegantes de los salones y los espectáculos de las plazas públicas, van á recrearse en las humildes aldeas con los cuadros de la vida cristiana que allí se mantiene, y á reproducir en el lienzo estas escenas que causan siempre viva impresion en los corazones honrados.

En Inglaterra, donde el progreso material es tan rápido y poderoso, á pesar de la escasa importancia de su escuela pictórica, comienzan á notarse de algunos años á esta parte síntomas seguros de una gran restauracion artístico-cristiana, por efecto de la reaccion con que responden los artistas á ese progreso que trata de aniquilarlos. Como prueba de la reaccion, publicamos el cuadro de Hulme, donde se representa una escena sencilla como la vida de un pescador; pero conmovedora y sublime, como todas las que iluminan por una parte la antorcha de la fe, y por otra los reflejos del Océano.

Es la caída de la tarde, y el pobre pescador, que ha pasado el día en su barca sacando del mar el sustento de su mujer y de sus hijos, ántes de arribar á la playa, acude á dar gracias á la Virgen porque le ha librado aquel día de los peligros de las olas. La imagen de la Virgen se alza en un rústico altar, sobre una roca próxima á la costa, y allí van todos los pescadores, al salir y al retirarse de su trabajo diario, á implorar el amparo de la que es estrella de la mar y

refugio y auxilio de los cristianos. La religion, que todo lo engrandece, y las cosas más amargas dulcifica, ha levantado estos sencillos faros de salvacion en medio de las olas del Océano, para aliviar la penosa vida de pescadores y marineros, y ser consuelo de sus familias, expuestas á toda hora á la viudez y á la orfandad. ¡Santo y sublime bálsamo de nuestras heridas! ¡Faro seguro de nuestra vida en el proceloso mar del mundo!

El grabado que publicamos da clara idea del cuadro, aunque le falte el colorido, porque sobre la forma material de la representacion pictórica se destaca el sentimiento del artista, inspirado en la naturaleza que retrata y en la religion que glorifica.

IGLESIAS EDIFICADAS EN LOS BARRIOS POBRES DE MADRID POR LA Asociacion de Católicos: CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN EN EL BARRIO DE La Prosperidad: IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA VICTORIA EN EL BARRIO LLAMADO DE Tetuan.

En los primeros días de la Revolucion de Setiembre de 1868, que con tanta furia, como invasion del infierno, cayó sobre nuestros templos y monumentos religiosos, devastando cuanto encontraba á su paso, formóse en Madrid una modesta Asociacion de Católicos, con objeto de reparar en lo posible tantos y tan duros males, y sobre todo de combatir la propaganda protestante que con la ruptura de la unidad católica se introdujo en España. Esta Asociacion, que por vivir enteramente alejada de la política no ha hecho mucho ruido, sino que, al contrario, se ha complacido en hacer todo el bien posible á la sombra de su propia humildad, cuenta con doce años de existencia, y en este tiempo no ha cesado de trabajar, especialmente en abrir escuelas católicas y en dotar de iglesias y capillas á los barrios más abandonados de la corte.

Causa pena, honda pena, el considerar que en estos doce años se han derribado en Madrid cinco de sus mayores templos, y se han levantado cuatro magníficos teatros y una elegantísima plaza de toros, sin que puedan, entre las construcciones religiosas, contarse más que humildes capillas como las que reproduce nuestro grabado, levantadas á duras penas, y alguna, como la de Tetuan, con interrupciones de años por falta de recursos. Esto es muy triste; pero por lo mismo nos complacemos con mayor afán en divulgar los trabajos de la Asociacion de Católicos, sin los cuales ni aún esas pobres iglesias se hubieran tal vez levantado.

La iglesia de Tetuan, cuyas obras dirigió gratuitamente el Sr. Medarde, habrá costado poco más de cinco mil duros, y la de la Prosperidad treinta y dos mil reales; cantidades bien pequeñas para una poblacion como Madrid; pero no insignificantes para una Asociacion que sostiene en la capital veintidos escuelas gratuitas, y que lleva publicados muchos libros de propaganda religiosa y más de 100.000 ejemplares del Catecismo de Ripalda.

Al publicar, pues, los grabados de estos templos nos proponemos dar publicidad á los laudables trabajos de la Asociacion de Católicos, y contribuir á estimular á los que no los conocen, para que presten su cooperacion á esta Asociacion benéfica y piadosa, cuya lucha más penosa es la que sostiene contra la indiferencia de las gentes.

X.

MAGDALENA.

NOVELA ORIGINAL DE LIA CRESSEDEN.

(Continuacion).

JULIO.—La señora de Bord no ha abrazado aún á Camila. La pobre niña no se atreve á acercarse á su madre. No se separa de mí; le hablo del cielo, en el cual nos espera Valentina; en el cielo, en el cual todos seremos hermosos como soles. Pongo gran estudio en vestirla con gracia, en embellecerla; pero ella mueve tristemente la cabeza.

«Inútil, inútil todo; fea siempre.»

He vuelto á ser institutriz. Ana es tan arrogante como siempre; Juana es más graciosa. La majestuosa hermosura de la señora de Bord produce en mí el efecto de la cabeza de Medusa, y su antipatía por mi ínfima personalidad toma proporciones colosales. Estos días mi padre me ha regalado un escritorio de

madera de las islas, que parece un extranjero en medio de los muebles viejos y feos de mi cuartito. ¿A qué sentimiento habrá obedecido al hacer esta adquisición? Seguramente ha tenido contrición perfecta escuchando la cólera de la bella diosa «por un gasto enteramente supérfluo,» cólera que se ha apaciguado muy pronto cuando el desgraciado donante le ha enseñado un cofre liliputiense que contenía un magnífico aderezo de brillantes, dignos de una reina. La señora de Rosi los ha valuado en una suma fabulosa, y he oído decir á mi padre, dirigiéndose á la altiva Valeria:

«Mis brillantes no valen una sola sonrisa tuya.»

¡Oh! seguramente; no lo niego; su hermosura no tiene rival, y toda gracia se eclipsa al lado de la suya. Tiene apenas treinta años, goza de todas las dichas, se embriaga con esta copa encantadora, en la cual me prohíbe poner mis labios; no envidio sus triunfos....

Si amase á Camila, si su mirada no fuese dura y glacial cuando la fija sobre la niña desgraciada; si tuviese compasión de este corazón inocente, ya herido con una llaga casi incurable, le perdonaría que me aborreciese.

AGOSTO.—Mi vida es un martirio á cada instante. No hay majadería, no hay tirantez de la que no tenga que sufrir. Mis hermanas adelantan en medio de este disgusto de luchas intestinas, de escenas lastimosas, de visitas y tertulias; parece esto increíble. Camila y yo, estamos naturalmente desterradas de las reuniones brillantes; mis vestidos, más que modestos, me impedirían aparecer en ellas, aunque tuviese deseo. No tengo la menor suma de dinero á mi disposición, y á Camila la tienen del todo descuidada. Ha crecido tanto, que me cuesta mucho trabajo arreglarle algunos vestidos con los restos de su antiguo lujo. La señora de Bord no soporta la fealdad; quería á su hija más pequeña cuando su orgullo encontraba en esto un gozo; ahora se sonroja de oírse llamar madre por «este horrible monstruo.» ¡Con qué estigma marca esta palabra su egoísmo incommensurable!

Dolor más íntimo: mi padre no está ya apasionado de Camila, por temor de disgustar á la señora de Bord, sin duda.

No puedo hablar de esta mujer sin amargura. Esto está mal hecho; conozco que falto á la indulgencia, que la culpo siempre en mi interior. Que le hago sombra, evidentemente es muy posible, y no tengo derecho de enfadarme; ¡pero su hija!

¡Oh! esto me indigna, á pesar mío!

En este mundo frívolo, ninguna impresion es estable. Se ha hablado mucho de Camila los primeros días; se ha tenido lástima y se ha exaltado «á la valerosa madre arrancada inopinadamente del cuarto de la enferma por la voluntad de su padre, temblando de perder al mismo tiempo todos sus tesoros.» ¡Oh! ¡mentira! Se repetía por lo bajo que la viruela había desfigurado á la hermosa niña de antes.... Ahora, nadie se cuida de las sombras negras, como Juana nos llama. Por intervalos, la señora de Bord reclama mis servicios, y desgraciada de mí si soy torpe ó estoy distraída! Mi trabajo es múltiple, y tengo que reconocer que la autoridad que me rige, tiene mucho cuidado del buen empleo de mi tiempo.

(Se continuará.)

CRÓNICA UNIVERSAL (1).

EUROPA.

Comenzaremos esta nueva sección del periódico trazando á grandes rasgos el estado actual del mundo. Por lo que hace á España, es sabido que hoy gobierna el Sr. Cánovas del Castillo, jefe de los conservadores. Los fusionistas, compuesto mixto de constitucionales del Sr. Sagasta, de centralistas y de amigos del general Martínez Campos, forman la izquierda dinástica de D. Alfonso XII. Además existen diversas fracciones democráticas, que desean el restablecimiento de la república, y que se diferencian en que unas profesan doctrinas relativamente más avanzadas que las otras. Existen también un pequeño grupo for-

mado por los restos del antiguo partido moderado, y la comunión católico-monárquica.

Realmente en estos momentos la lucha política está circunscrita á los conservadores-liberales y á los fusionistas, que se disputan el poder dentro de la legalidad vigente.

Las llamadas irregularidades administrativas, el bandolerismo que reina en algunas provincias del centro de la Península, y las medidas tomadas por el ministro de la Gobernación contra el clero de las Provincias Vascongadas, son los hechos que caracterizan de algún modo á la actual situación política.

Por lo demás, el suceso más grave de la crónica política de estos últimos días es sin duda ninguna el extrañamiento del reino del señor Cura de Lequeitio, por haber censurado las circulares dadas últimamente por el Gobierno sobre la predicación evangélica en las Provincias Vascongadas. Según han asegurado varios periódicos, esta medida ha obligado al señor Nuncio de Su Santidad á pedir explicaciones á algunos de los ministros, con los cuales ha conferenciado largamente.

En Francia está el poder en manos de M. Julio Ferry, y existen dos tendencias diversas en el ministerio que dicho señor preside: la de los amigos de M. Gambetta, cuyos principales representantes son M. Constans y Cazot, y la conservadora, cuyo principal representante es M. Barthélemy Saint Hilaire. Aquella se apoya principalmente en la unión republicana, y ésta en la izquierda republicana. Enfrente del ministerio hay varios partidos: en la derecha, el legitimista, lleno de vigor y de esperanzas, y el bonapartista; y en la izquierda el centro izquierdo de M. Dufaure, la izquierda de M. Julio Simon, la extrema izquierda de M. Clemenceau, y el partido comunista que capitanean Rochefort, Blanqui y Félix Piat.

El actual Gabinete ha aceptado el programa de guerra al Catolicismo, formulado por M. Gambetta en su célebre discurso de Romans. De aquí que exclaustrara á los Jesuitas y á los Carmelitas; que estos días haya expulsado á los Frailes extranjeros, dándoles sólo veinticuatro horas para salir de Francia, y que anuncie para dentro de un breve plazo la exclaustración de todos los Religiosos que pertenecen á Órdenes no reconocidos por el Estado.

La publicación de periódicos impúdicos; la falta de seguridad que existe en París; la osadía creciente de los comunistas desterrados, y el cinismo irreligioso del Gobierno y de sus amigos, demuestran claramente cuál es hoy el verdadero estado religioso, político y social de Francia.

En Alemania la dirección suprema del Gobierno pertenece al príncipe de Bismarck, que en su política interior parece estar indeciso entre inclinarse á la izquierda, formada por el partido liberal-nacional y los progresistas, ó á la derecha, compuesta del partido conservador puro y del liberal conservador. La izquierda fué la verdadera autora de las célebres leyes de Mayo, que tantos y tantos disgustos han dado á la Iglesia, y contra las cuales trabaja incesantemente el partido católico del centro, auxiliado no pocas veces por los conservadores puros, y aún por los conservadores liberales.

El príncipe de Bismarck, deseoso de contar con los votos y de atraerse las simpatías del centro católico, ofreció hace dos años hacer varias concesiones, derogando algunas de las leyes de Mayo. Pero hasta ahora, á pesar de las excelentes disposiciones de la Santa Sede, del emperador Guillermo y de los católicos alemanes, las negociaciones seguidas en Viena entre el Cardenal Jacobini y el príncipe de Reuss han dado escasos resultados.

La persecución religiosa ha dejado á muchas parroquias sin Pastor, y ha contribuido, no poco, al desarrollo del socialismo en las grandes capitales. En vano ha tratado Bismarck de contener este desarrollo: el mal ha desaparecido de la superficie, para ocultarse á las miradas del Gobierno; pero nadie duda de que cada día adquiere mayores proporciones.

En Austria el poder ha pasado últimamente de manos del partido constitucional á las del señor conde Taaffe, amigo íntimo del emperador Francisco José. La política del ilustre conde tiene por objeto llegar á la conciliación de los diversos partidos y de los pueblos que forman la monarquía austriaca. Por esto, en el ministerio que preside, figuran varios autonomistas y tres miembros, siquiera poco significados, del partido constitucional.

A pesar de que los autonomistas tienen mayoría en el Reichsrath, han llevado su deseo de conciliación y su patriotismo hasta el punto de apoyar con sus votos á los ministros constitucionales.

Los primeros efectos de esta política han sido la vuelta de los tchecos al Reichsrath, en el que no habían entrado hacía diez y seis años; el brillante y entusiasta recibimiento dispensado por los polacos al emperador Francisco José en su viaje por la Polonia austriaca, y la regularización de la gestión económica por la nivelación de los presupuestos y amortización de algunas deudas. Los liberales han aumentado en 600 millones de florines la deuda austriaca.

El acontecimiento más notable de la política del imperio austriaco es la celebración de un tratado de alianza con el Gabinete de Berlín. Esta alianza tiene principalmente por objeto impedir que Rusia logre hacerse señora del mundo, apoderándose de Constantinopla.

En Rusia los nihilistas tienen absorbida toda la atención pública, hasta el punto de que, á pesar de los esfuerzos del Gobierno, son relativamente pocos los que se ocupan en San Petersburgo con los problemas de la política exterior, no hablándose de otra cosa en todos los círculos que de los proyectos destructores de los nihilistas.

La actividad desplegada por el general Loris Melikoff, verdadero dictador de Rusia en estos últimos tiempos, ha logrado que los nihilistas concentren, por ahora, su actividad á la propaganda de sus ideas, por medio de folletos que imprimen en Suiza, en Londres y en San Petersburgo mismo, y en Moscow.

Hace muy pocos días que la policía alemana decomisó, en la frontera de Suiza, una remesa de folletos nihilistas, que iban destinados á una casa de comercio de San Petersburgo.

Los últimos atentados cometidos por el nihilismo han hecho enmudecer al partido reformista; pero no han impedido que el Gobierno trabaje constantemente por extender las fronteras del imperio, á costa de Turquía, en Europa y en el Asia Menor, y á costa de Persia y otros Estados, en el centro del Asia. A sus manejos se atribuye principalmente la actitud en que se ha colocado el Montenegro enfrente de Turquía y de la Liga de Albania.

Manda en Inglaterra el partido liberal, y ocupa la presidencia del Consejo de ministros sir Gladstone, el verdadero director de la campaña política que dió por resultado la caída de lord Beaconsfield y de los conservadores.

La política de sir Gladstone se distingue de la de lord Beaconsfield: en el interior, por una serie de reformas que tienden á hacer cada vez más libre política, civil y religiosamente la vida del pueblo inglés; y en el exterior, por el apoyo moral que dispensa á Rusia en las complicaciones de Oriente, y en la mayor libertad en que deja á las colonias.

Aceptando el principio de no intervención, en las complicaciones de los diversos Estados, el Gabinete liberal trata de retirar las fuerzas que hoy ocupan aún algunas poblaciones del Afghanistan, y de no llevar adelante las conquistas ó anexiones intentadas con buen éxito por el Gabinete anterior en el Cabo de Buena Esperanza.

Sólo, tratándose de Turquía, se aparta el actual ministerio inglés de este principio, como lo demuestra el hecho de haber sido el promovedor, por sugerencias de Gortchakoff, de la manifestación naval proyectada contra Dulcigno.

En Turquía, los continuos cambios de ministerio hacen imposible conocer cuáles son las tendencias de los ministros más influyentes de los Gabinetes que se suceden con gran rapidez. Sin embargo, no es posible desconocer que lo que distingue al actual Gobierno de los anteriores, es el haber resistido á las imposiciones de Europa.

El tratado de Berlín, que vino á corregir el de San Estéban, imponía á Turquía sacrificios que no podían menos de herir el patriotismo de los musulmanes. Las prescripciones del tratado de Berlín, que se refieren á Rusia, Austria, Rumanía, Bulgaria y la Rumelia Oriental, han sido rigurosamente cumplidas. Pero no las que se refieren al aumento territorial, á costa de Turquía, del Montenegro y de Grecia.

A pesar de la presión de las grandes potencias, la Puerta se ha negado constantemente á ceder Dulcigno y su distrito al Montenegro, y ha sido necesario que Europa enviase al Adriático una escuadra formidable para obligarla de algún modo á ceder.

Cuanto á la rectificación de las fronteras griegas de Turquía, la cuestión está en el mismo estado que cuando el Congreso de Berlín suspendió sus sesiones.

Por lo demás, preciso es hacer constar, que desde la última guerra, los católicos que viven en los dominios del Gran Turco, gozan de una libertad, que pueden muy bien envidiar los católicos franceses y alemanes, por ejemplo, y que actualmente dispensa la Puerta al representante del Papa en Constantinopla; consideraciones que no guardan á los Nuncios algunos Gobiernos de naciones católicas.

En Italia el poder está en manos de un ministerio representante de la conciliación de dos fracciones de la izquierda: la de Cairoli y la de Depretis. Enfrente del Gabinete están los republicanos de Bertani y de Garibaldi; los radicales de Crispi; los centralistas, y los conservadores de todos matices.

El Gobierno italiano ha tratado estos días de despojar á la Propaganda Fide de gran parte de sus bienes; de apoderarse de varios conventos de monjas, y de perseguir á los Jesuitas de algunas ciudades.

Esta semana última se temió una sublevación republicana en Génova, donde había sido preso y encarcelado Cancio, el yerno de Garibaldi, en cumplimiento de una sentencia judicial que así lo ordenaba. Tan pronto como Garibaldi tuvo noticia de la prisión de su yerno, dejó su retiro de Caprera y se embarcó para Génova. A su llegada, sus amigos dieron vivas á la República, y Cairoli se ausentó y amnistió á Cancio.

Con este motivo los republicanos están muy esperanzados en Italia, y se les prometen muy felices para un plazo corto.

(1) Para que nuestros lectores puedan tener noticia de todos los hechos notables que ocurran en el universo mundo, empezamos la publicación de esta «Crónica universal,» y para que les sea más fácil comprender con exactitud las noticias que en ella publicamos, hemos reducido la Crónica de este número á dar breve noticia de la situación actual de las diversas naciones civilizadas del antiguo y del nuevo continente.

ASIA.

El movimiento político es casi nulo en Asia y en la mayoría de los Estados asiáticos, por lo que sólo hablaremos aquí del Afghanistan y del Japon, donde este movimiento tiene alguna importancia.

La guerra entre Inglaterra y el Afghanistan ha sumido á este Estado en la anarquía, hasta el punto de que imperan en él dos emires diferentes, apoyado el uno por el partido amigo de los ingleses, y el otro por el partido intransigente. Hasta ahora Abderraman se sostiene en Cabul por el apoyo moral y material que le prestan el ejército inglés; pero es dudoso que pueda sostenerse, después que las tropas del general Roberts se retiren á la India. Así todo, parece indicar, que al fin Yacoub-Khan será el emir definitivo del Afghanistan.

En el Japon se ha formado un partido reformista que cuenta con varios periódicos y que pretende sustituir el régimen absoluto del Gobierno por el sistema constitucional, con un estatuto redactado, con arreglo á los principios del derecho moderno.

ÁFRICA.

En Marruecos, la situación es cada día más grave. La guerra civil, mal crónico que el Sultan no podrá extirpar en mucho tiempo, unida á la miseria que reina en algunas comarcas, y á la arbitrariedad de que hacen alarde en la cobranza de los impuestos los dependientes del Sultan, hace que en algunas comarcas sea poco menos que imposible la vida de los europeos. Por otra parte, la legislación tradicional impide los progresos de la propaganda católica y de la civilización.

En Egipto, ha mejorado en general el aspecto del gobierno. El nuevo Khedive ha normalizado, en lo posible, la gestión económica; ha regularizado la administración pública, y trabaja en la reorganización del ejército, no sólo á causa de las complicaciones orientales, sino también á causa de las constantes amenazas de los abisinios, que con cualquier pretexto reúnen grandes masas de tropas en las inmediaciones de la frontera de Egipto.

I.

UN MONUMENTO

Á LA GLORIA DE SANTA TERESA.

Por el año de 1871, algunos, muy pocos, amantes de la ilustre doctora de Ávila, formaron el propósito de publicar una edición autografiada de las obras de la Santa, cuyos manuscritos originales se conservan todavía en varios archivos y monasterios. Contando con sus propios recursos, y arrastrados por su amor á la insigne escritora, comenzaron la obra, publicando la *Vida*, de la que existe el original en el archivo escurialense. Al ter-

minar este trabajo se lamentaban en estos términos de la escasa ayuda que habían recibido para vencer los grandes obstáculos que hallaron en su camino:

«A fuerza de constancia y dispendios hemos logrado superarlos, faltos por otra parte de toda protección material y moral: ni subvención del Gobierno, ni apoyo de personas poderosas, ni entusiasmo del público, ni favores de la prensa, ni fervor religioso, ni recomendaciones é influencias eficaces; nada ha venido en nuestro apoyo, más que la bendición del anciano Pontífice, que vive preso y á expensas de la caridad. Era aquella lo único que nos podía dar, y esa nos la otorgó ya en 12 de Julio de 1873, tan pronto como pudimos ofrecerle las primeras entregas de nuestra publicación.»

Esto pasaba por el año de 1873; pero ha-

biendo mejorado algo desde esta fecha la situación del clero, los editores se lanzaron de nuevo á continuar la obra con la publicación del *Libro de las fundaciones* de la Santa, que es como continuación del libro de su *Vida*. La triste experiencia del primer ensayo hizo más cautos á los editores, y habiendo logrado simplificar los procedimientos de la reproducción autográfica, el segundo libro ha resultado considerablemente más barato. Baste decir que la *Vida* cuesta 400 rs. y 140 *Las fundaciones*.

Para que nuestros lectores puedan apreciar la forma de este trabajo, reproducimos á continuación el epígrafe del manuscrito de la *Vida* de la Santa, por el cual se viene en conocimiento de la exactitud del autógrafo, que lleva en la página inmediata la versión en hermosos caracteres de imprenta.

*La Vida de la madre Teresa de Jesús
escrita de su misma mano, con una aprobación
del padre M. Fr. Domingo Banez, su confesor
y Catedrático de Prima en Salamanca*

La obra es indudablemente un monumento levantado en honor de la gran Santa, que honra á España con el mérito de sus trabajos y con la gloria de sus angélicas virtudes.

Ojalá que pueda continuarse, y como era el plan de los editores, añadir luego los manuscritos de San Juan de la Cruz, que ofrecen variantes de importancia con respecto á las obras publicadas, y aun los de San Braulio que existen en Leon y los de otros escritores insignes que corren riesgo de perderse.

V.

ADVERTENCIA.

Por indicación de muchos suscritores, que vivamente se interesan en la propagación de la REVISTA,

comenzamos desde este número á publicar una *Crónica universal* de todo lo que pasa en el mundo; en la cual se condensarán sumariamente las noticias de interés general que diariamente publican los periódicos.

También añadiremos pronto una sección festiva y el índice de todos los libros que cada mes se publiquen en España.

Repetimos, una vez más, que agradecemos mucho las indicaciones y consejos de nuestros amigos.

Solución al jeroglífico del número anterior:
De la mano á la boca, se vierte la copa.

Madrid, 1880.—Imprenta Hispano-Filipina,
Plaza del Brinco, núm. 4.

SECCION DE ANUNCIOS.

SUMA FILOSÓFICA DEL SIGLO XIX

Ó SEA

DEFENSA DEL CATOLICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Colección de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático sobrenatural, filosófico, científico, político y social, formada

POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

El prospecto de la *Suma filosófica del siglo XIX*, merece llamar la atención del público cristiano.

El primer tomo de esta obra consta de 598 páginas de impresión á dos columnas, de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos de tamaño ordinario; su precio: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (1.ª parte) consta de 1.644 páginas, también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (2.ª parte) consta de 1.700 páginas: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo intitulado *O'Connell, El Antecristo y la revelación de San Juan*, consta de 1.240 páginas, y comprende el material de 12 tomos: en rústica (total de la obra 95 tomos), 28 rs.; en pasta, 36.

Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar), se añadirán al precio en rústica 2 rs. y 3 en pasta.

Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra, se remitirán los tomos al punto que se designe.

Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y Comp.ª, Librería Católica, calle de Archs, 8, Barcelona.

El producto de la venta de estos volúmenes se dedica íntegro al Dinero de San Pedro.

PUNTOS DE DESPACHO:

Barcelona: Jaime Oliver, Mendizábal, 14; Pons y Compañía, Archs, 8; Sucesor de la Viuda de Plá, calle de la Princesa; Viuda é hijos de Subirana, calle de la Puertaferri; D. Carlos Vives, plaza de Santa Ana; D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva.

Madrid: D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Viuda é hijo de D. Eusebio Aguado, Pontejos, 8; Sres. Perdiguer y Comp.ª, San Martín, 3, junto á la del Arenal, y en las demás librerías principales del Reino.

PAULINA POLO,

PROFESORA ELEMENTAL Y DE LABORES, da lecciones á domicilio, Calle de los Caños, núm. 1 triplicado, piso cuarto.

GRABADOS.

Se venden y alquilan los de LA ILUSTRACION CATOLICA á precios convencionales. Los que los soliciten pueden dirigirse á la Administración de la Revista, Estrella, 7, segundo. Madrid.

LIBRO NUEVO.

PRINCIPIOS DEL REINADO

DEL

CORAZON DE JESUS

EN ESPAÑA,

POR

EL P. JOSÉ EUGENIO DE URIARTE,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Este precioso libro, formado con documentos en su mayor parte inéditos ó poco conocidos, encuadrado lujosamente con planchas especiales hechas para él, se vende en las principales librerías, al precio de **SEIS PESETAS** en toda España, franco de porte.

En la librería del Sr. Calleja, Paz, 7, se hará la rebaja del 25 por 100 á los que lleven de una vez 20 ejemplares, ó se remitirán francos de porte en grandes ó en pequeñas cantidades.

Los ejemplares en papel de hilo numerados, á **OCHO PESETAS** en toda España, sin rebaja alguna.

No se vende en comisión ni en rústica.